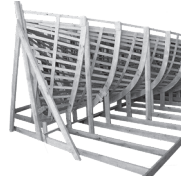


1. Eva



Del otro lado de la puerta caen martillazos, una tregua precaria, se prende la sierra. Recién cuando los ojos se acostumbran a la oscuridad, Horacio toca el timbre. Siguen los ruidos. Vuelve a tocar. Ahora sí: silencio. Silencio hasta que escucha pasos acercarse. Reconoce la cadencia. Ya no tiene tiempo de meterse de nuevo en el ascensor.

Le abre la puerta un viejo en cueros. La luz pega detrás. De a poco, Horacio observa los detalles: hombros cubiertos de aserrín, el pelo blanco del pecho enlulado de virutas, polvo de madera hasta en la cabeza. Su padre parece el esclavo de un aserradero.

—¿Puedo pasar? —dice Horacio.

Manuel deja la puerta abierta y se va. Horacio vacila unos segundos hasta que entra arrastrando la valija. Los muebles del living fueron tapados por sábanas. Encuentra a Lola, su madre, en la cocina. De espaldas, revuelve una olla.

Se abrazan.

—¿Cómo entraste?

—Me abrió papá.

—¿Qué tal el viaje?

—Nunca duermo en los aviones. —Arranca un pedazo de pan lactal y lo hunde en la salsa.

Horacio estudia el armazón de madera. El costillar parece la osamenta de ballena que cuelga del techo de ese museo al que alguna vez lo llevaron de chico. Camina evitando la sierra eléctrica, un taladro, clavos, la lima, maderas desparramadas por todas partes. Vacilando se acerca a una costilla.

—No toque, muchacho —dice su padre, que se apareció de golpe, detrás de una cortina.

Horacio mira los lunares verrugosos en el pecho. Le gustaría que se pusiera una camisa.

Cenan en la mesa de la cocina. Horacio observa a su padre: come rápido, como con miedo a que alguien le robe la comida. Ni bien termina el plato, Manuel se va. Llegan los golpes sobre la madera, monótonos.

—¿No se lastima?

—A veces. Pero no se queja —dice Lola.

—El otro día vi un documental. De una lombriz. Le cortaron la cabeza y le volvía a crecer. La lombriz de cabeza nueva tenía la misma memoria que la decapitada.

—¿Cómo saben que las lombrices tienen memoria? —Apila Lola los platos sucios.

—Era una lombriz entrenada para ir a la luz, lo contrario que hace cualquier lombriz. Le cortaron la cabeza y también la cola.

—Pobre lombriz. —Lola abre las canillas de la bacha.

—Eva se llamaba. Quedaron tres pedazos. A uno le creció la cola. A otro la cabeza. Y al otro la cabeza y la cola. Y las tres sabían ir hacia la luz. La memoria está en todo el cuerpo.

Algún mecanismo de la familia que fueron todavía funciona, piensa Horacio, porque los tres miran la televisión de la cocina mientras comen el queso fresco con dulce de membrillo. El epicentro de la tormenta cae sobre La Plata. Desde el helicóptero solo se ven techos de casas, copas de árboles, cuadrículas de agua marrón. Vecinos apostados en las terrazas saludan a los periodistas o tal vez piden ayuda. Uno de ellos muestra su escopeta. Barrida por el agua, Horacio ve la ciudad donde nació.

—Podés ir a darles una mano con tu barco —le dice a su padre.

—No es para eso. Y no me tutee.

—¿Y para qué es?

Los vecinos naufragaron hasta lo que parece ser una escuela. Hay chicos y viejos envueltos en frazadas, ovillados junto a perros. Gendarmes forman una cadena para mover botellones de agua, colchones y frazadas. Llega el intendente, un hombre flaco, medianamente joven, equipado con impermeable y botas de goma amarillas. Los vecinos se le amontonan, le dicen que como siempre prometió muchas obras en la campaña, pero que después no hizo un carajo. Silbidos se van acumulando. El intendente busca las cámaras de los periodistas y dice que está para dar la cara, embarrarse las manos y trabajar espalda con espalda. Entonces, irrumpe un viejo grandote y de una trompada noquea al intendente.

—Míralo al Oso —dice Manuel riendo—. Míralo al Oso, está hecho puré.

Se escucha “así se hace, Oso, carajo, Oso viejo nomás”. Algunos aplauden.

—¿Quién es? —dice Lola.

—Un guardia de la Unidad 10, se le plantó a Bonavena en una pelea de box. —Ríe Manuel.

Es su risa de siempre, piensa Horacio. Recuerda algo de la historia. Alguna vez se la escuchó contar a su papá.

—¿Qué es la Unidad 10? —dice Horacio.

—El olor más raro del mundo —dice Manuel y va al living.

Horacio lo observa trabajar. La sierra eléctrica dispara polvo y el polvo flota suspendido entre ellos. Su padre habla. Con nadie. Tal vez consigo mismo. O, más bien, con la fuerza que le imprime a la madera. Cuando se apaga la luz, y con ella el chirrido, se quedan en el silencio de la oscuridad.

Lola trae velas. Las va prendiendo, inclinándolas para que la llama derrita gotas de cera sobre un platito. Luego aplasta la base sobre las gotas que se van endureciendo. Las distribuye por el living, cuartos y pasillo. Horacio dice: pero qué raro, en la cuadra hay luz. Ella dice acá también, no se cortó nada. Cada noche baja el disyuntor de esa parte de la casa, así Manuel no molesta a los vecinos con la sierra.

Horacio recorre el departamento. A la luz de la vela, los muebles, las alfombras, la biblioteca, los cuadros, todo parece a punto de moverse. Ya no hay fotos familiares, advierte. Su mamá las debe haber quitado. La llama rebota en portarretratos vacíos.

En el living transformado en astillero, su padre rasca madera con un punzón. Respira fuerte. Parece un cavernícola, uno armado, aunque ya viejo, escondido en una gruta con su fuego, piensa Horacio.

—Ya le dije que no entre acá, muchacho.

—No te preocupes. De mí a veces se acuerda y otras, no —le dice Lola en la cocina.

—¿Cómo es eso?

—Cuando sabe que soy su mujer no me toca. Duerme en tu cuarto. Pero cuando no sabe quién soy se pasa a mi cama y se me tira encima.

Horacio agarra su vela, cruza el living y sale al balcón.

El viento de la lluvia apaga la llama. En la iglesia de la esquina ubicaron una gigantografía de “El hijo pródigo”, de Rembrandt, iluminada desde abajo. “Es Padre y nos perdona”. Horacio observa al hijo que se arrodilla, el detalle de un zapato roto, la planta sucia del otro pie. Medio ciego, el padre lo abraza apoyando las manos en los omóplatos del hijo, son las manos las que reconocen al hijo, esas manos perfectas, casi en primer plano, como si de ellas naciera la pintura.

El pintor es holandés, y él vive en ese país que tan poco tuvo que ver con su historia hasta que conoció a Lieve. Ahora él volvió a ver a su padre. Y aunque su papá no esté ciego como sí parece estar el del cuadro, al mismo tiempo no recuerda nada y esa desmemoria podría interpretarse como una variante de la ceguera.

Con tantas coincidencias, algunas un poco forzadas, podría creer en la existencia de un destino ya escrito, preciso, fuera del

tiempo, que le está soltando señales, no muy claras, como letras borroneadas en la lluvia que no cesa.

Mira la lluvia, ve el volumen exacto de los últimos segundos de la lluvia atravesar las luces de la cuadra, millones y millones de gotitas suspendidas en el aire, cada una conservando su individualidad, su propio espacio vertical.

• • •

Nací en La Plata, donde viví hasta los cuatro años. Lo único que recuerdo, la única imagen que creo recordar de ese entonces, es en la Unidad 10, la cárcel-neuropsiquiátrico donde encerraban a hombres que no podían ser declarados culpables porque no habían comprendido la criminalidad de lo que habían hecho. Pero tampoco los podían dejar libres porque eran peligrosos.

Fue el primer trabajo como médico de papá. Lo tomaron cuando todavía le faltaban algunas materias para recibirse porque ningún doctor quería curar en la cárcel recién inaugurada. Agarró porque pagaban bien. Y además por orgullo. Quería demostrar que no tenía miedo. Pero sí tenía. O lo tuvo la primera noche, cuando lo llevaron al fondo del pabellón y lo encerraron bajo llave en una pieza de barrotes, la piecita de los médicos de guardia y debió sentirse como esos buzos que se hunden dentro de una jaula en medio de un cardumen de tiburones. Si a la noche algún preso necesitaba de sus servicios, papá aplaudía y un guardia armado solo con la cachiporra se metía en el pabellón, caminaba hasta la piecita y la abría para que entrara el enfermo.

Era de esos trabajos que se dejan ni bien se consigue algo mejor. Fuera de la Unidad 10, aprendió a ser cirujano reconstructivo: operó en distintos hospitales a gente con la cara destrozada por algún choque o quemaduras. Pero nunca abandonó las guardias de la Unidad 10. Algo de ella lo atrapaba. Por eso, uno o dos días a la semana, dormía en la cárcel. Hasta siguió yendo por un tiempo cuando nos mudamos de La Plata a Buenos Aires.

En mi recuerdo de la Unidad 10 hay edificios grises y negros, hay árboles y un camino de cemento, pero todo está distorsionado, fuera de foco. La imagen solo se calibra en el mismo segundo: un hombre en cuclillas abre los brazos como invitándome a que camine hacia él. Puede ser un médico, un guardia, un loco, cualquiera de los que están en la cárcel. Papá debe andar por algún lado, fuera de los límites de la imagen, tal vez justo a mis espaldas.

• • •

Van por la autopista en el auto de su padre, aunque no recuerde que le pertenece. Tal vez su padre ya no sepa manejar, piensa Horacio. Esa mañana, cuando le preguntó si quería dar una vuelta, Manuel dejó las herramientas y lo siguió, dócil. Ahora, en el asiento de acompañante, destilando olor y silencios densos, su padre resulta poco más que un vagabundo, piensa Horacio y mete un CD que anda suelto por el freno de mano. Poco a poco, los dedos de su padre empiezan a tamborilear el ritmo.

—¿Te gusta? —dice Horacio—. Perdón. ¿Le gusta?

Su padre sigue cantando como si no lo escuchara.

—¿Le recuerda a algo?

—¿Tiene experiencia en construcción de barcos? —dice su padre.

—Sí —dice Horacio después de unos segundos.

—¿Qué hizo?

—Construí una balsa en Arrecifes. A rre ci fes. —Separa en sílabas, a ver si el nombre estalla en la memoria desarticulada. Pero nada estalla—. Pasé un febrero en Arrecifes, en la casa de mi abuela. La construí con mi primo y unos amigos de él. Era de cañas y barriles. La hicimos para navegar unos días por el río, comiendo sandías, pescando o disparándole a patos y perros cimarrones.

—Las sandías tienen demasiadas semillas —dice Manuel.

—Puede comprar sandías sin semillas.

—¿Quién quiere comer una sandía que no tenga semillas?

• • •

El verano de la balsa fue un febrero bisiesto que pasé en lo de Mani, mi abuela paterna, en Arrecifes.

Mi primo Nano y dos amigos, el Colo y Julián, andaban eufóricos con su rito de iniciación: armar una balsa y llevarla en camioneta hasta Salto, a cuarenta kilómetros, y bajar por el río marrón y lento durante cuatro días. A la noche acamparíamos en la orilla.

Conseguimos seis barriles vacíos de doscientos litros, azules, de plástico, que habían guardado aceite para autos. Formamos un rectángulo con ellos y los unimos con troncos de un naranjo apestado que serruchamos cerca del cementerio. Después buscamos cañas que crecían entre los durmientes y de paso apedreamos las ventanas de la estación abandonada. Para las sogas trenzamos cicutas de los baldíos, las manos quedaban pegajosas. Sacando los barriles de petróleo, era una balsa de plantas. Como si efectivamente estuviéramos en una isla y necesitáramos volver a casa.

Ellos trabajaban todo el tiempo, Julián daba órdenes porque el astillero era en su garaje. A veces llegaba el hermano mayor y también se ponía a mandar. Cada uno tenía su jerarquía y tarea. La mía consistía en armar sándwiches de salame y queso con muchísima mayonesa y preparar jarras de jugo en polvo. A la balsa no me dejaban acercar mucho. O así lo sentí. Yo había sido amigo de mi primo, de chicos, pero en esa edad confusa él y sus amigos me miraban como alguien de ciudad que debería buscarse su propia aventura en otro lado. Por eso, a veces, me refugiaba en los videojuegos donde había aire acondicionado a esperar que el verano pasara rápido en el *flipper* de Lethal weapon, que pasara a la velocidad de las pelotas de acero que rebotaban en el fondo. O me quedaba durmiendo la siesta en el mismo cuarto fresco que había sido de papá, masturbándome a cada rato, hasta que me aburría y volvía al garaje. Ellos siempre seguían hablando de la aventura por llegar. Sus ambiciones merodeaban la buena o mala pesca de dientudos, bagres y alguna tararira,

o disparos a zorros y liebres que trotaban en la ribera. Pero a la vez se entusiasmaban con cuentos de otras generaciones de navegantes de llanura: tormentas imprevistas y crecidas con el agua revuelta y espumosa donde la balsa entraba en pánico; crotos, seguramente asesinos, que escapaban de la justicia y que se escondían entre los juncos y más valía tener la escopeta cargada; las hijas de un estanciero que tomaban sol en cueros empezaban a correr con las manos tapándose las tetas cuando veían la balsa aparecer por el codo; un cardumen de palometas que vaya a saber cómo habían bajado hasta esa zona, tal vez por el calor absurdo de ese verano, atacaban a las vacas que rumiaban con las patas adentro del agua; un satélite parpadeaba en el espacio y la foto de los navegantes llegaba hasta la NASA.

Finalmente, la balsa estuvo lista. Hasta tenía techo en la popa, cuatro parantes y hojas secas de palmera que nos permitirían sombra. Solo nos faltaba el nombre. Zulma 69. La bautizó el hermano de Julián. Zulma era una bailarina de Rancho Furioso, nos explicó. Yo escribí el nombre de esa mujer en cada uno de los barriles. Mi caligrafía siempre fue elegante. Y aunque sabía que no era una responsabilidad de peso, que me la habían tirado de descarte, cumplí la tarea con esmero.

Al ver nuestra balsa perfecta nos entusiasmamos de más. Nano propuso sobrevivir con navajas, cañas de pescar y escopeta. Pero el hermano de Julián dijo que ni se nos ocurriera, algunos lo habían intentado y así les había ido. Que lleváramos

la garrafitita y cacerolas y que compráramos polenta y salsa de tomate y latas de arvejas y de choclos. Chorizos solo para la primera noche, después se ponen feos, ellos se los habían terminado regalando a los dientudos. Que lleváramos muchos vinos y sogas para atarlos, así se mantenían frescos debajo del agua. Las sandías era una buena idea, también había que dejarlas flotar. Chocolates no porque al primer sol se hacían sopa en los envoltorios. Agua, botellones de agua, aunque se pusiera tibia. Uno de sus amigos había tomado del río y el cuerpo se las había pasado temblando bajo el sol terrible.

Tanta gente había el día de la partida que parecía que zarparíamos muy lejos. Mi tía Mercedes, la mamá de Nano, me abrazó y me dijo que papá y mamá estarían en el puente cuando nosotros llegáramos.

Entre varios cargamos la balsa afuera del garaje y la acostamos en el techo de la chata. La ató el mecánico con el hermano de Julián, las sogas pasaban una y otra vez por las ventanillas abiertas. Yo me quedé a un costado. Sentí que estaba de adorno, que iba a ir encima de la balsa como una mascota, como la pastora inglesa que el Colo pretendió embarcar a último momento y la mamá le dijo que ni se le ocurriera, la perra se perdería en el campo y terminaría preñada por uno de esos cimarrones que andaban llenos de abrojos y garrapatas. Bastante que le dejaba llevar la guitarra.

Adelante, en el asiento largo de la chata, iba el mecánico con sus dos hijos. Nano, el Colo y yo nos apretamos en la caja junto a la carpa, las revistas porno escondidas dentro del forro de las estacas, las cañas de pesca, la escopeta 20, latas

de comida, una bolsa de chorizos, cajas de cartuchos, heladera portátil y parrilla, ollas y sartenes, la garrafita, bolsas de dormir, las cuatro sandías que yo había comprado con la poca plata que me quedaba, y arriba, justo arriba de nosotros, nuestra balsa verde. Algunas lianas de cicuta caían entre las cañas y me hacían cosquillas.

Arrancó la chata. El viento que arremolinaba la tierra de las rejillas nos obligó a cerrar los ojos, nos dejó una ceguera amarilla, agradable, en movimiento. Ellos podían leer igual, que ya andábamos por no sé qué parte, que las lomas de burro, que la rotonda, que el traqueteo del puente, la ruta. Escuchábamos el bramido de un motor cerca o un camión que nos saludaba con un bocinazo divertido y musical. El Colo no aguantó tanta emoción y tanteó su guitarra. Ciego empezó a improvisar las primeras coplas. *Horacio de ciudad, Horacio de ciudad, ahora potro de campo, artero sin igual.*

Ciego y a la sombra atigrada de la balsa, me sentí por primera vez uno de ellos.

Fue el momento más feliz del verano.

• • •

Se acaba la autopista y entran en La Plata. El GPS no se enteró de la inundación, piensa Horacio. Las calles que recomienda están cruzadas por ramas y tachos de basura que el agua dejó en su huida. Hay que retroceder, improvisar, tenerle paciencia a la voz española del aparato.

Llegan a la parrilla. Entran. El Oso le chifla a Horacio desde la mesa del fondo. No los esperó para pedir vino y empezar a tomarlo.

El Oso cuenta que la inundación se llevó las plantas y los arbolitos de su vivero.

Llega el brasero cargado de chinchulines, chorizos, la morcilla grande y gorda a punto de explotar, algún pedazo de carne con hueso.

—Dios justiciero, gracias por el puchero —dice el Oso y se sirve una montaña de carne. Nadie habla. Somos tres refugiados obligados a compartir una mesa, piensa Horacio y mira al Oso.

—¿Usted peleó contra Bonavena? —le dice.

—¿Pelear él? —Su padre trincha un chinchulín y ríe—. Corrió como una gallina.

El Oso se sirve más vino, lo mezcla con un chorro de soda.

—Mire si voy a pelearle a Ringo. —El Oso pincha la morcilla. Al cuchillo le falta filo, la aplasta sobre el plato de madera y el relleno se desarma por los extremos.

—El muchacho es... —Su padre interrumpe la frase al meterse un bocado de pollo—. El muchacho es un escritor. Quiere hacer un libro de la Unidad 10.

Horacio abre los ojos.

—¿Escritor? —dice Horacio.

—Yo estoy construyendo un barco —dice Manuel.

—¿Y a dónde quiere ir? —dice el Oso.

—Qué pregunta —dice Manuel.

Horacio suspira. De nuevo nadie habla. Los huesos se van apilando sobre los platos de madera que el único mozo se demora en levantar. Revolotean moscas por toda la parrilla.

En la vereda, el Oso le dice a Horacio que él jamás peleó contra Bonavena, son todos inventos del Doctor.

—Pero mire que de chico me contó algo de eso —dice Horacio.

— No sirvió tu plan. Pero no te preocupes, se lo ve bien, así. Fue un gran hombre —le dice el Oso y se va silbando una milonga.

Ya en el auto, en la cola del peaje, su padre le habla:

—¿A qué se dedica usted además de escribir?

Horacio asiente en silencio varias veces. Piensa: puedo inventarle cualquier cosa. Médico, bombero, futbolista, fotógrafo de guerra. Puede no mentir también y decirle que vive en Holanda, en una ciudad no muy grande, simpática, aburrida, fácilmente agotable, protegida por diques porque está ubicada debajo del nivel del mar. Frente a ese mar que amenaza tragarse todo, hay un edificio inmenso. Parece un museo, pero es un depósito de obras de arte. Desde hace décadas, el Estado no deja de comprar cuadros a los artistas holandeses. Los ubican en paneles móviles, que se incrustan dentro de las paredes, así la luz no los daña. Nadie los mira. En teoría, los burócratas de alto rango tienen derecho a pedir que les manden una obra de esas para decorar la oficina, pero Horacio nunca vio que nadie pidiera nada. Cuadro que ingresa al edificio, que pierda toda esperanza. A los artistas, esto no les preocupa demasiado. Sí les interesa que su arte se

venda, aunque sea siempre al mismo comprador monopólico que los mantiene como a hijos bobos, podría decir Horacio.

—Soy un carcelero de cuadros —murmura y sabe que su padre no lo escuchó, o por lo menos nada le responde, solo observa por la ventanilla la mezcla de ciudad precaria y campo.

• • •

Cuando me di cuenta ya estaba jugado, Doctor. Uno se agranda, el orgullo y no hay vuelta atrás. Mis amigos habían sacado entrada, iban con la novia, algunos en buenas filas. Estaba todo agotado. Solo quedaban algunas entradas por el gallinero, donde no se veía nada, pero que se vendieron igual. Sí habían empapelado la ciudad con el afiche: bien grande Bonavena, posando. Y a un costado, mi fotito, Rubén “El Oso” Tucuta, yo con cara de guapo, pero también como si fuera Sandro, mostrando un brazo y un guante. Me llamaban de las radios, un circo era eso. Iba por la calle inflado como pavo. Y es que me tenía fe, che, de pibe ya repartía leña contra otras banditas del barrio. Ni bien entré en la escuela del Servicio Penitenciario enseguida me vieron pasta para el box. Entrenábamos fuerte. A los de mi camada los corrí como a gallinas. Y si se venía uno de los cadetes grandes, de esos que me sacaban tres o cuatro años, yo me plantaba sin miedo. El Oso, me pusieron. Me gustaba boxear. A uno le gusta hacer las cosas que hace bien. Mi entrenador se llamaba Dulceo. Tenía la nariz como una papa de esas que quedan en el fondo del canasto. Me volvía loco, poca paciencia la del

viejo, me aburría con sus bailes y sus cuerdas. El box se pelea con los pies, me gritaba y yo lo miraba con lástima. Pero enseñaba bien y después de pulirme me anotó en un campeonato amateur en el Club Atenas. Yo tendría diecinueve, veinte. Antes de que terminara el primer round, despaché no sé a cuántos. Y si no era en el primero, era en el segundo. Mi nombre siempre colgaba al tope de la pizarra que había en la cafetería del Club. Por eso se apareció por mi casa un malandra de traje y me dijo que estaba organizando una pelea de exhibición contra Bonavena y que necesitaba un retador. Después supe que yo era el cuarto o quinto en la lista, el malandra ya había tentado a los profesionales de La Plata, pero ni mierda se le plantaban a Bonavena, que venía de cosechar al gran Goyo en el Luna y era el nuevo campeón de los pesados. Es la oportunidad de tu vida, me dice el malandra. Claro, le digo yo, y le pregunto por la pasta. Bueno, eso dependía de cuántos rounds durara. El malandra fue franco. La pelea tenía que durar lo que quisiera Bonavena, seis rounds por lo menos, algo común en peleas de exhibición. Era buena guita. Y solo por una noche. Los que desconfiaron un poco fueron mis jefes, pero me dejaron jugármela con la condición de que peleara con seudónimo y que no se supiera que integraba la fuerza. Hay que dejar a salvo el honor penitenciario, me explicaron. Me puse Rubén por mi viejo. Y Tucuta era un galgo que tenía de pibe, bicho para cazar liebres. El que me quería comer crudo era Dulceo. Yo había hecho todo a sus espaldas. Una mañana entró en el gimnasio con el afiche arrancado. Esa noche habían empapelado toda La

Plata. Lo hizo un bollo, me lo tiró en la cara y me entró a putear a la vista de todos. Pero no se bajó. No se bajó. En el fondo se quería colgar de mis pelotas. Todos los días yo iba al gimnasio del Club Atenas. Dulceo me hacía hacer cuerda fija, tenía que ganar volumen yo, eso era clave. Y nada de tirar y cortar, como era mi estrategia, eso contra Ringo era suicida. Yo tenía que moverme y moverme. Y si me arrinconaba abrazarlo, que no tuviera espacio para pegar. Y se empezó a correr la bola. Lo que le dije. Carteles, programas de radio y hasta una entrevista para *El Gráfico*. Los periodistas me preguntaban si le podía ganar a Bonavena, o al menos aguantarle dos o tres *rounds*. Yo contestaba que lo importante era dar un buen espectáculo, que yo era un boxeador de categoría y que iba a dar lo mejor de mí. Respondía como futbolista. Solo una vez me fui de boca y escupí que Ringo era un gordo de pies planos que ni servía de arquero de meategol. Tanto aliento, tantos amigos... A cada rato se aparecía alguien por el gimnasio a buscar un autógrafo o a regalarme medallitas de la Virgen Milagrosa y estampitas de santos. Hasta una barra amiga se trajo una bruja de una tapera de Olmos. La bruja me explicó que había puesto esa foto del cartel de Bonavena debajo de unas hierbas y la había cubierto con soretas de murciélago. Y llegó la noche de la pelea. El estadio parecía un volcán. Con Dulceo estábamos en el vestuario. Las paredes temblaban como con fiebre. Vendaba bien Dulceo y me silbó milongas que a mí me gustaban. Pero cuando terminó de vendar se levantó y se puso a caminar de un lado al otro hasta que pateó la puerta y rompió el vidrio.

Yo creía que Bonavena vendría a saludarme para cruzar algunas palabras de colega a colega, pero no se dejó ver. Apareció un enano inmundado de no sé dónde y nos gritó que teníamos que salir. Caminamos por el pasillo y salimos a las luces. Nunca vi algo así, Doctor. Las tribunas se vinieron abajo. Y pegue, y pegue, y pegue, Oso, pegue. Me rodearon los fotógrafos. Era difícil avanzar, pero llegamos al ring, y entonces no sé por qué lo subí dando una vuelta carnero. Los nervios me hacían hacer cosas raras. Me quería quedar para siempre, escuchando mi nombre en las tribunas. Pero apareció Ringo y el enjambre de periodistas se fue con él. A Ringo lo chiflaban de los cuatro costados, se reía con esa sonrisa de pibe pícaro, mostraba los bíceps, empezaba a payasear como Cassius Clay. Pasó entre las cuerdas y me miró por primera vez. Me miraba como si yo le hubiera violado a la vieja. Un galán con smoking arrancó con mi presentación. La nueva esperanza argentina, dijo y sonrió con unos dientes blanquísimos. Otra vez se vinieron abajo las tribunas. Y pegue, y pegue, y pegue, Oso, pegue. Ringo asentía con su cabezota cuadrada, como diciendo ya van a ver la paliza que le voy a dar a su parroquiano. Alcé los brazos, me saqué la bata, hice un juego de combinaciones y demás pavoneo que se cortó cuando vi que Bonavena me miraba fijo, tirando ganchos cortos al aire. No me sacaba los ojos de encima. Se me combaron las piernas. La presentación de Bonavena ni se escuchó por los chiflidos. El árbitro nos llamó al medio. Ahora los fotógrafos me ponían otra vez atención, el tema de las miradas es importante. Todavía no sé por qué lo hice,

Doctor, pero se me ocurrió hacerle burla a Ringo. Mandé mi mentón para afuera y le dije a Ringo: qué lindo peinado tenés hoy. Se lo dije imitando la voz de pito que él tenía. Se cagaron de risa los periodistas. A Bonavena no le pareció gracioso. Me bajaban temblores por todo el cuerpo pero seguí con la cara porque no podía hacer otra cosa. El árbitro dijo nada de golpes bajos, de cabezazos, como si Ringo necesitara de esas ranadas. En todas mis peleas, justo antes de que sonara la campana, Dulceo me daba unos masajes y me recordaba algunas indicaciones de la estrategia. Pero en esa esquina, esa noche el viejo Dulceo solo me palmeó la espalda, calladito, las mismas palmadas que me dieron en la funeraria cuando velaron a mi viejo. Yo tenía doce años y fue toda una noche de palmadas frente al cajón abierto. Miraba la cara de mi viejo muerto y aunque me moría de ganas de llorar, no lloré. Mi mamá decía que yo había nacido con los ojos abiertos y la trompa cosida. Tal vez uno cree que el viejo lo ayuda desde arriba, como un ángel, el viejo es un ángel que lo va a boxear a Bonavena. Pero por favor, si aparece es para gritarme que salga ya mismo de ahí. Qué palizas me daba mi viejo con el cinto, es que yo andaba siempre metido en líos, pícaro. Y mi viejo era un tipo serio, de esos que laburan todo el día, y no se quejan, pero a rebencazos le meten a uno la vida de hierro. Te voy a sacar bueno, decía, te voy a sacar buen pingo, y yo revolcándome en el catre como una culebrita. Pero me fui por las ramas, Doctor, no me sirva más tinto. Pasó una yegua con el cartel que indicaba el primer round. Si me salvaba algo, era la bruja y sus soretes de

murciélago. Sonó la campana y Bonavena se vino a cerrarme el centro del ring. Lo esperé con la guardia alta. Para medirme soltó un *jab* que me rozó la oreja. Y yo me fui a la lona. Boca abajo. Derechito a la lona nomás, y que se vayan todos a cagar. Me quedé quietito como cuando mi viejo entraba a mi pieza sacándose el cinto. Le juro que nunca en mi vida escuché un silencio más fuerte. El árbitro se agachó y me dijo que me dejara de joder. Cuando abrí los ojos no sé cuántos minutos después la policía me sacaba en medio de un tumulto que amenazaba con lincharme y quemar el estadio. Ni a los vestuarios me llevaron. Me metieron en el baúl de un auto y me sacaron a la noche. Por la radio supe del quilombo en las boleterías para que devolvieran la plata, de la montada repartiendo garrote, de las roturas de vidrieras, de la quema de negocios del centro y que Ringo también escapó como el peor de los chorros porque creían que se había prestado para el teatro. Los primeros días me daba vergüenza salir a la calle, pero volví al gimnasio como si nada. Bien que los que andaban se reían a mis espaldas, pero de frente nadie me decía ni mu, qué me iban a decir. Y a las dos o tres semanas de la pelea, por el gimnasio se apareció Ringo preguntando por el flan. Todos lo abrazaban, entrenadores, pibes con el sueño de ser boxeadores, los que trapeaban el piso, los del bar. Le pedían autógrafos y él tuvo tiempo para todos. Después enfiló derecho hacia mí, que estaba haciendo sombra en una esquina, temblando. Flan, me dijo. Yo me hacía el sordo, hacía sombra y pensé de esta no salgo. Se me puso enfrente. Vamos al vestuario, me dijo, esto lo arreglamos solos,

les dijo a los demás, que nos miraban. Por lo menos recordé que en mi armario había dejado el fierro. Fuimos al vestuario y nos sentamos en un banquito largo, uno al lado del otro. Y cuando estaba por decirle: Bonavena, usted merece respeto, espere que voy a cambiarme, y así volver empilchado y con el fierro escondido, Ringo me dijo: qué quilombo lo del otro día, che. Y se empezó a reír. No paraba de reírse. Y me palmeó la espalda. Habló del jab, del papelón mío, de la gente que nos quería colgar de las criadillas. Después me puso un brazo en el hombro. Esto te tiene que servir de experiencia, me dijo. Me regaló unos guantes firmados y se fue. Como todos ya sabían que yo integraba las fuerzas de seguridad, mis jefes me hicieron un sumario por haber ofendido el honor penitenciario y me trasladaron a la Unidad 10, donde ningún guardia quería ir. Empecé cuidando las colonias, donde van los locos mansos. Algunas noches me mandaban a los pabellones, así iba aprendiendo. Cada vez aparecía menos por el Club. De vez en cuando me juntaba con la barra, más de compromiso que por otra cosa. Me fui haciendo amigos de otros guardias y hasta de algunos locos. En la Unidad nadie tiene pasado, nadie se acordaba de mi pelea con Bonavena o no le importaba. Además, se terminaban los sesenta, venían nuevos tiempos, la época de la joda había quedado atrás. Ya había guerra, volaban bombas y los terroristas nos querían arrancar la cabeza. La cosa venía jodida, desde hacía años que venía jodida. Me acuerdo que en el 73, cuando ascendió Bidegain, se llenó la plaza frente a la gobernación. Yo estaba contento, hasta me empilché de milico, bien

orgullosos. Para qué. Había zurdos por todas partes cantando eso de la patria socialista y tocando bombos. En eso pasó un estudiante con una barba mezcla de pelusa y sacó un fierro y me lo mostró. Mirá, tengo una igualita a la tuya, me dijo, tengo una igualita, mirá qué linda. Usala ahora, pichón, le dije, ¿o no tenés huevos? Para esa época fue que empezamos a reventar ranchos bajo las órdenes del Comando Conjunto, formado por la policía de Camps, el Séptimo Regimiento del Ejército y el Tercer Batallón de Infantería de la Marina, el BIM 3. Nos daban algo de chupar, íbamos al frente a cagarnos a tiros. Nada de quedarnos en la retaguardia como los cagones de nuestros jefes. Una noche, al cacique Mapuré y a mí nos pasó a buscar un patrullero por la Unidad. Fuimos a una casa donde se habían atrincherado unos zurdos. Nos daban de chupar ginebra y nos mandaban al frente. Una ferretería teníamos en el baúl. Si supiera cómo tiraban, ahora la gente mira para atrás y dice cualquier cosa. Había que tener pelotas para estar ahí. Nosotros, la tropa. Los jefes no, esos eran cagones. Era una casita empotrada en el fondo de un jardín y llovían balas hasta de los árboles. Cuando yo era pibe, cayó un tormentón de granizo que nos rompió el techo. Nunca me olvidé del despelote de esas piedras, era como si los ángeles nos estuvieran cagando encima. Ese mismo ruido era el de los tiros. Y el mismo miedo, no importa que se haya calentado la panza de ginebra. Si la cosa se ponía brava los que se habían quedado atrás llamaban refuerzos y en dos minutos caían milicos, patrulleros, tal vez hasta un helicóptero, y los hacíamos bosta. Pero esa noche no llegaba nadie.

Por momentos se hacía una tregua, un silencio, y uno no sabía si los tipos estaban muertos o si se hacían los giles para que uno se confiara y te metieran un corcho en la cabeza. Hasta que volvían los tiros y los gritos. Fue como cazar una rata. Al final entramos en el rancho. Había una pendeja con dos balas en el estómago que todavía movía las patas y dos barbudos quemados hacía rato que chorreaban espuma y sangre por la boca. Ya amanecía cuando llegué de nuevo a la Unidad, esas noches me dejaban el seso a seis mil revoluciones. Estaba en el casino de oficiales lavándome la cara y las manos cuando escuché por la radio que habían matado a Ringo. Ya le dije que no lloré cuando velaron a mi viejo, nunca lloré, nadie nunca me vio llorar. Pero cuando el locutor de voz triste dijo que habían matado a Ringo, en Nevada, de un tiro, a la entrada de un cabaret, se me vino encima su mirada cuando trepó al ring, y los cantos de la tribuna, y las palmadas de Dulceo y entré a llorar. Lloraba y me tapaba con agua. Lloraba y lloraba porque cuando uno llora tiene miedo, y tiembla, y no sabe qué va a pasar.